

CAROLINE MARCH

Palabras
que caen
como
la lluvia

*Palabras que caen
como la lluvia*

Caroline March

Esencia/Planeta

© Caroline March, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Shutterstock
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: abril de 2019
ISBN: 978-84-08-20683-5
Depósito legal: B. 6.706-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

*Once upon a time, a few mistakes ago...**

Harold Shelby escribió: «La piel de una mujer, cuando es acariciada por el ser amado, reverbera al igual que una hoja en primavera recibiendo el sol y la lluvia. Su tersura es comparable a la superficie más brillante que hayas tenido la suerte de contemplar jamás».

El toque de aquellas letras, ligero como una pluma, sobrevolaba el contorno de tu propia piel, erizando el vello, tensándolo expectante para recibir la tan ansiada caricia en un lenguaje que buscaba la excelencia, no el simple entretenimiento, poniendo frente a ti el sentimiento que nacía de las entrañas, apresándote.

Fue el momento en el que le declaré amor eterno a Harold Shelby, en el que me prometí que le sería fiel hasta el final de mis días.

Mi padre me lo presentó un día cualquiera, a cualquier hora, lanzándome un libro suyo al regazo. Levanté la vista del teléfono molesta por la interrupción y enarqué una ceja.

—Dale una oportunidad —me instó.

—No tengo tiempo para leer, casi no tengo tiempo para nada.

—Ésa es la misma excusa que ponen todos a los que no les gusta hacer algo, como si el tiempo les perteneciera sólo a ellos.

—Está bien, lo leeré cuando termine de ver estos vídeos.

Al amanecer siguiente, en otro día cualquiera, ya había examinado todo lo que se podía encontrar en la red del misterioso autor. Me había recreado repitiendo sus entrevistas, sonriendo ante su

* «Érase una vez, hace unos cuantos errores...»

forma calmada de expresarse, apenas gesticulando. Y comprendí lo que escondía tras esta pregunta:

—¿Qué lo motivó para escribir la primera novela?

—Aquella mujer me mató y únicamente encontré esta forma para defenderme del dolor que mi propia muerte me produjo.

Suspiré por tercera vez tras visionar su rostro apacible, sin ver menguar su atractivo, pese a que fuera bastantes años mayor que yo, de complexión rechoncha, aspecto bonachón y con escaso pelo rubio peinado hacia atrás en un inconcluso perfil de seriedad. Aunque tuviera la odiosa manía de ajustarse una y otra vez las gafas redondas metálicas en el puente de la nariz. Sin embargo, estaba dotado de unos peculiares ojos azules pequeños e inquisitivos, su mayor atractivo. Con una sonrisa, me fijé con atención en que por usual llevaba un calcetín diferente en cada pie y las americanas de *tweed* con coderas lo hacían parecer un anciano. El marrón en todas sus variedades debía de ser su color favorito y la mujer a la que le había dedicado cada uno de sus libros, su pasión más secreta, ya que no logré averiguar nada de ella. No importaba; leyéndolo, parecía que lo escribiera para ti, todas éramos esa mujer desconocida y enigmática.

Todas éramos capaces de herir y amar con la misma intensidad.

Unos días más tarde, mi padre me descubrió hurgando entre las estanterías de su despacho de forma frenética.

—¿Qué buscas? —me preguntó.

—Más libros de Harold.

—Oh, así que ya ha pasado a ser Harold —musitó con retintín.

—Es su nombre, ¿no? —exclamé volviéndome con rapidez.

—Podría ser perfectamente un seudónimo —contestó con tranquilidad.

—Vaya, no había pensado en eso. ¿Quieres decir que puede haber otros libros escritos por él, pero que no sepamos que es él? —inquirí entornando los ojos. Necesitaba más de Harold, se había convertido en mi mesías y yo, en una adepta fiel a sus palabras.

—Exacto.

Avancé unos pasos y me dejé caer resignada en el butacón frente a la mesa, divagando acerca de cómo ponerme en contacto con

su editorial para conseguir información privilegiada. Mi padre se había sentado al otro lado y se sujetaba la barbilla con las manos con la expresión divertida que lo caracterizaba reflejada en los mismos ojos verdes que yo había heredado.

—¿Qué canción crees que le corresponde al libro que te presté?
—soltó de pronto.

—No lo sé —respondí meditándolo, y mi vista se quedó sobre el libro que él había escrito varios años atrás: *El debate de dos almas*—. ¿Cuál es la de tu libro?

—*Piano Man*, de Billy Joel.

—No tiene nada que ver con la filosofía.

—Te equivocas: en un bar, a medianoche, hay más filosofía que borrachos —afirmó sonriendo—. Encuéntrale una canción, todos los libros tienen una, todos los momentos en la vida también, porque ya todo está contado, sólo tenemos que atrapar las palabras y ordenarlas para que conformen nuestra propia historia.

Hice una pequeña mueca, sin saber qué contestar a eso.

—¿Qué quieres ser de mayor? —me preguntó de improviso, cambiando de tema.

—No lo tengo claro —mascullé hundiéndome más en el sillón en una actitud pretendidamente rebelde.

Sí lo tenía, era lo único cierto de mi vida. Dos cosas que iban unidas de forma indisoluble: el surf y Asier. O Asier y el surf, el orden de los factores no alteraba el producto.

—Estás entrando en una edad difícil y deberás pensarlo con calma, lo que hacemos ahora parece que no tiene la suficiente importancia, pero condiciona el resto de nuestra existencia.

Poco después de aquella conversación me di cuenta de que mi padre me estaba preparando asertivamente para lo que derivó en una situación insostenible. Los gritos, los portazos, los sollozos, las ausencias y los silencios. Los silencios más atronadores que el propio ruido. Mi padre me ayudó a escapar escondiéndome en los libros, en las historias contadas por otros, y Harold Shelby se convirtió en el héroe de mi propia vida en ruinas.

Con el paso de los años aprendí que podíamos separar los recuerdos en grados, guardarlos en la mente y elegir el momento en

el que queríamos que salieran a la luz. Yo había elegido mantener tres compartimentos cerrados en mi interior: mi propio corazón, para protegerlo; mi infancia, por el dolor que recordarla producía, y el surf, porque, como bien dijo Harold Shelby en una entrevista: «Hay pasiones que debemos olvidar para sobrevivir, al igual que hay palabras que caen como la lluvia y una vez en el suelo sólo son charcos próximos a extinguirse».

* * *

Detuve el vehículo, un viejo Seat Ibiza gris, en el arcén a la entrada del pueblo pesquero de Suances y respiré hondo. El paréntesis de seis años en el transcurso de mi historia iba a terminar. Aquél era mi último mes. Ya no habría más prórrogas, y esperaba escribir un tranquilo, sosegado y solitario epílogo para despedirme de aquellos malditos seis años. Pero antes me permití un momento de solaz, abriendo levemente las compuertas de mis recuerdos, en la voz e imagen de mi padre conduciendo por esa misma carretera, volviéndose a Rebeca y a mí, sentadas en el asiento de atrás. Arranqué de lo más profundo de mi memoria el instante feliz de una tradición familiar que se había perdido por el devenir del tiempo, que, cruel, no había dejado nada en pie. Él consideraba que la música y la vida debían ir unidas por un lazo irrompible y, por tanto, el viaje desde Madrid transcurría en silencio hasta acercarnos a la villa, donde paraba el coche y nos miraba, ya con la mano en la emisora.

—¿Qué canción creéis que sonará? El azar marcará nuestras vacaciones al ritmo de la música que emerja de los altavoces —declamaba con esa voz de barítono aficionado que tanto nos hacía reír.

Meneé la cabeza para alejarme emocionalmente y, antes de girar el dial, contuve un instante el aliento, reteniendo un poco más aquel instante suspendido en el aire. Cerré los ojos y deseé con fervor que aquello que me proponía resultara exitoso, que, por fin, pudiera cerrar las heridas abiertas y ser una persona completa. Durante un segundo sujeté con fuerza el volante y ni siquiera fui consciente de mi plegaria con los labios apretados, ansiando con desesperación la canción adecuada cuando más la necesitaba.

Cuando me enfrentaba a un nuevo comienzo, regresando a mi infancia, buscando con ahínco esa paz que me proporcionaba la cercanía con el mar.

La voz de Taylor Swift brotó de la radio rompiendo la magia: «*Once upon a time, a few mistakes ago...*».

Abrí los ojos desconcertada y no supe cómo descifrarlo. ¿Era una forma del destino de decirme que dejara de equivocarme y cogiera la senda correcta o significaba que, hiciera lo que hiciese, no había manera de arreglar mi vida?

Y el hecho de que en ese preciso momento las nubes que creía haber dejado a la espalda se arremolinaran en el horizonte con un golpe de aire invisible y comenzaran a descargar gruesas gotas de lluvia en una demostración fabulosa de la furia de la naturaleza no fue de mucha ayuda para mis disertaciones mentales, la verdad.

Capítulo 2

*Nothing they can do can stop this army of two**

Aparqué el coche bajo la uralita y descargué mi maleta, quedándome, como había hecho siempre, admirando el edificio unos minutos. Había dejado de llover, pero la humedad revoloteaba alrededor de mí en volutas, envolviendo la construcción indiana en la bruma. La piedra ennegrecida por los siglos transcurridos que se erguía desafiante frente a la playa de La Concha me provocó un terrible acceso de melancolía. El palacete, que había pertenecido a un acaudalado industrial cántabro que hizo fortuna en las colonias de forma muy poco ética pero sí lucrativa, mediante el comercio de esclavos, había sido abandonado durante la guerra civil, al emigrar sus herederos. Uno de ellos regresó en la década de los sesenta a España y, recuperándolo de la ruina, lo restauró dividiéndolo en diez apartamentos y dos estudios situados en el ático. Mi padre compró uno de ellos a unos ancianos que se retiraron al interior, aquejados de la humedad, poco después de que yo naciera. Suspiré hondo tres veces y dejé la vista vagar por el cuidado jardín cubierto de magnolios y arbustos de hortensias, cuyo fragante aroma me llegó con total claridad, al igual que los recuerdos de risas, arena pegada a la piel y felicidad infantil. Si aquel entorno en el que las gotas de agua todavía brillaban emitiendo un sutil destello ante el sol que pugnaba por filtrarse entre las nubes no me curaba, estaba segura de que nada ya lo haría.

Con el ánimo renovado, subí la escalinata hasta el recibidor, di-

* «Nada pueden hacer para detener este ejército de dos.»

rigiéndome hacia la primera puerta a la derecha. Tras forcejear unos instantes con la cerradura, conseguí abrirla. Entré y encendí la luz, que parpadeó unos momentos antes de quedarse fija. Habíamos pasado allí todos los veranos hasta hacía exactamente seis años.

Sin pararme a revisar cualquier desperfecto por el desuso, aunque el personal de mantenimiento se hacía cargo del mismo con una periodicidad impecable, caminé hasta la terraza. Era sin duda lo mejor de la vivienda, ya que consideraba que despertarte por las mañanas viendo el mar era algo a lo que no podías poner precio. Me apoyé en la valla de forja negra y aspiré con fruición el aire marino, deleitándome en la paz y el silencio. En la tan deseada soledad. Transcurridos unos minutos, me volví, resignada a la labor que tenía por delante. El apartamento en sí era austero y pequeño, de forma rectangular. La puerta principal abría a una cocina comedor, separada por un brazo de granito que hacía las veces de mesa. Dos únicas puertas más, la del baño a la entrada y la de la habitación. Las dos estancias confluían en la amplia terraza. Me afané en retirar las sábanas que cubrían los escasos muebles, hice la cama y oreé mantas y colchas.

Después de un par de viajes al coche para subir todos los bultos, bolsas de comida y las tres temibles cajas de folios que me habían llevado hasta ese rincón que adoraba, me paré para tomar un poco de agua mientras me frotaba la frente cubierta de sudor. Miré con desagrado las cajas sin decidirme por ningún sitio en concreto donde dejarlas, aunque tampoco había mucho para elegir, así que las empujé a un lado del sofá cama apoyado en la pared, que era el que utilizábamos Rebeca y yo cuando éramos niñas. Tosí a causa del polvo y estornudé sonriendo satisfecha. Allí estaba, después de vagabundear por medio mundo, de vuelta al origen y dispuesta a escribir el final de la historia, pese a lo mucho que me había resistido a ese momento.

Conecté el iPod Nano a los altavoces y, al ritmo de la música, me preparé un sándwich para cenar, acompañado de una cerveza. Dejé la puerta del baño abierta cuando me duché para seguir escuchando la lista de reproducción y emergí vestida con un camisón

corto de algodón, quitándome la humedad del pelo con una toalla. La metí en la secadora y aproveché para ordenar el armario en el cual se ocultaba, sacando lo imprescindible.

Con otra cerveza en la mano, demasiado cansada como para hacer más, encendí la televisión y me senté en el sofá. Apenas fui consciente de ir deslizándome al sueño. Sin embargo, los años de duro entrenamiento en conflictos familiares no me permitieron conciliarlo profundamente. Desperté sobresaltada, girando el cuello dolorido a un lado y a otro con desconcierto, hasta que recordé dónde me encontraba.

Algo no iba bien.

Dirigí la vista hacia la puertaventana que daba a la terraza y comprobé que estaba semicerrada, por ella sólo entraba el susurro del mar y una leve brisa que hacía ondear las cortinas. Intenté calmarme, riéndome de mí misma. Estaba empezando a obsesionarme. No obstante..., ahí estaba otra vez. Ese ruido extraño. Un nudo retorcido de angustia anidó en mi interior, produciéndome el tan conocido dolor.

Me levanté, apagué la televisión y anduve un par de pasos descalza, alerta, sintiendo el hormigueo de toda mi piel. Quedándome quieta, cerré los ojos para concentrarme. El silencio retornó, tranquilizándome. Estaba a punto de dirigirme a la habitación para acostarme cuando un golpe hizo que me volviera con brusquedad hacia la puerta. No era el típico trajín de unos veraneantes llegando o yéndose del edificio. Alguien estaba intentando entrar en el apartamento.

Únicamente dos personas sabían que yo estaba allí, y sólo una de ellas poseía copia de la llave, aunque dudaba mucho que hubiese tenido el valor de venir sin avisar antes. El pánico me atenazó el estómago, contrayéndolo. Una imprecación en un idioma que no llegué a entender y el pequeño giro de la cerradura hicieron que mi corazón pegara un brinco y buscara denodadamente mi teléfono, el cual alcancé en la encimera, junto al objeto que afiancé en mi mano derecha como arma.

La gente suele decir que en los instantes previos a sufrir un colapso nervioso eres consciente de todo lo que sucede a tu alrede-

dor. Yo ya había pasado por ello antes y reconocía los síntomas, la creciente tensión en cada músculo, la reducción de tu visión periférica. La sensación de estar ahogándote y no encontrar nada a lo que aferrarte para salir a la superficie.

Y también sabía cómo hacerle frente. De pie, a oscuras, con la suave luz de la luna bañando de sombras el apartamento, noté el roce de la tela del camisón en la piel, el escalofrío que me recorrió la espalda cuando un pequeño hilo de brisa alborotó mi cabello y los pequeños granos de arena que, a pesar de haber barrido y fregado el suelo, se habían pegado a las plantas de mis pies. Intenté no hacer ruido ni respirando, con lo que comencé a jadear y a ver puntitos amarillos bailar frente a mis pupilas. Soplé con lentitud con objeto de serenarme y apartarme los mechones de pelo desordenados que tapaban mi vista, aferré el móvil y separé un poco las piernas para ofrecer más resistencia. En aquellos escasos sesenta segundos me dio tiempo a pensar en quién estaría intentando allanar mi casa, si sería alguien que se hubiera equivocado de puerta o un okupa, o un ladrón. Pensé en ciento una mil posibilidades y ni una sola vez pensé que pudiera ser realmente peligroso. Ni en contactar con la policía, que, me imaginaba, tenía asuntos más importantes que atender que una llamada histérica por algo que podía solucionar yo misma.

Finalmente, y después de lo que a mí me parecieron siglos de espera, la puerta se abrió con un violento empujón y pude percibir a contraluz la silueta de un hombre alto y delgado que masculló un insulto en voz baja, quejándose. Sin permitir que apreciara que yo estaba frente a él, avancé con rapidez y le golpeé la cabeza con el arma, con toda la fuerza que pude reunir en el frenesí de un ataque premeditado y, en principio, o eso creía yo, de legítima defensa. Gruñó de forma gutural y, tambaleante, cayó al suelo de rodillas. Aproveché para retroceder con velocidad, marcando, esta vez sí, el número de la policía en el móvil, una vez que no tuve duda alguna de que aquel intruso había violado un par de leyes. Aunque no pude terminarlo, ya que él, recobrándose con prontitud, se lanzó hacia mí, abarcándome con ambos brazos las piernas, provocando que me estampara contra el brazo de mármol y desparramara todo

lo que estaba sobre él. Junto a mí rebotaron los vasos de plástico y mi taza de desayuno preferida, una de «Juego de tronos», se hizo añicos. Giré sobre el terrazo, intentando zafarme de su agarre, propinando todas las patadas que pude, pero él era más fuerte que yo, con lo que mi capacidad de reacción quedó claramente mermada y reducida a la nada una vez que consiguió sujetarme las manos sobre la cabeza.

—¿Quién cojones eres tú? —siseó en mi oído con furia. Pude oler en su aliento el café y su pelo me hizo cosquillas bajo la nariz.

Me quedé inmóvil, casi sin respiración, pensando una forma de huida que fuera exitosa. Cogí aire y me atraganté por su peso. Era un hombre bastante más corpulento de lo que en principio me había parecido. Gimió y por un momento pareció debilitarse, así que forcejeé para soltar mis manos, a lo que él respondió apretando mis muñecas un poco más.

—¡Responde, joder! ¡No quiero hacerte daño! —insistió, y después cabeceó, como aclarándose las ideas, y se quedó mirando a mi derecha—. ¿Me has atizado con una puta plancha? —preguntó con incredulidad.

—¡Y da gracias de que no estuviera encendida, capullo, porque si no ahora mismo tu cara sería una puñetera tostada! —grité, y él, sorprendido por mi arranque, juntó mis muñecas para sujetarlas con una sola de sus manos y poner la otra sobre mi boca.

Le mordí un dedo y él lanzó una maldición, aunque no la apartó.

—¿Estás loca, tía? —exclamó más sorprendido que preocupado.

Fue en ese mismo instante, cuando nuestras miradas chocaron a unos centímetros de distancia, que me di cuenta de que quien debería estar haciendo las preguntas era yo y no él. Intenté asestarle una patada en la entrepierna y él reaccionó haciendo más presión sobre mi cuerpo. Sonrió de medio lado y hasta pude percibir que se estaba divirtiendo. ¿Divirtiendo? Dejé escapar un grito ahogado y me arqueé todo lo que pude, loca de furia.

—Eh, tranquila, ya te he dicho que no te voy a hacer daño, sólo quiero saber qué demonios haces en mi casa —dijo de forma cal-

mada, como si fuera él el que estuviera tratando con una demente que se había colado en su apartamento y no al revés.

Creo que mis ojos, abiertos como platos de la impresión, fueron lo único que necesitó para soltarme, tan de improviso que me quedé completamente inerte debajo de él.

—¿Cómo... cómo que qué hago en tu casa? ¡Es mi casa! —estallé, y ahí sí que me rebelé, serpenteando en el suelo hasta conseguir ponerme en pie. Cogí el móvil y lo amenacé con él en la mano—. Lárgate o llamo a la policía.

Él se incorporó también, con un pequeño quejido, y se llevó la mano a la cabeza. Cuando la apartó, estaba llena de sangre.

—¡Joder! —masculló—. Pero ¿qué problema tienes? Tengo un contrato firmado y he entrado con mis propias llaves.

—¡Toma, y yo! ¿Cómo, si no, crees que he entrado aquí? ¿Como Rapunzel pero haciendo el camino a la inversa?

Se apoyó en la encimera de la cocina y rebuscó algo con lo que taponarse la herida. Sentí lástima y le empujé con el pie un rollo de papel absorbente que se había caído en el forcejeo.

—Gracias, preciosa. Y ahora, ¿puedes hacer el favor de irte? Estoy hecho polvo, aparte de que me has dado tal hostia que ahora tengo también una brecha en la cabeza.

—De eso nada, lárgate tú. Te han timado, este apartamento es de mis padres, nunca ha estado en alquiler.

—Lo he alquilado por un mes. No he forzado la cerradura —respondió, sujetándose varios trozos de papel en la coronilla y revolviendo a la vez en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero. Sacó un folio doblado y me lo arrojó. Cogiéndolo al vuelo, lo desdoblé y leí su contenido. Agradecí que la penumbra no le permitiera ver que me había quedado pálida.

—Esto no es posible —murmuré, y levanté el dedo índice, amenazándolo—. No te muevas ni un milímetro —barboté, a lo que él respondió encogiéndose de hombros con expresión resignada.

Borré el 09 que había llegado a marcar y pulsé el contacto de mi madre. Contestó a los cuatro tonos.

—¿Cariño, eres tú? ¿Qué haces llamando a estas horas? ¿Es que ya me echas de menos? —inquirió con recochineo.